

La santificación como “perfección cristiana” en Juan Wesley. Implicaciones pastorales

Alberto Fernando Roldán

(Argentina)

Resumen

Mediante el análisis de fuentes primarias en Juan Wesley, el autor analiza el tema de la santificación, entendida también como “perfección cristiana”. Muestra la importancia que Wesley le concedió a esa doctrina tanto en sus exposiciones como en su ministerio. En modo particular, el trabajo se centra en el análisis del sermón de Wesley sobre Filipenses 3.12. En la parte final de su trabajo, el autor sintetiza las ideas centrales del pensamiento de Wesley sobre el tema, destacando el carácter praxeológico de su teología en el sentido de relacionar la teología con la experiencia cristiana. El artículo termina con una reflexión sobre las implicaciones y los desafíos que la santificación tiene hoy para la pastoral, especialmente de vertiente metodista o wesleyana.

Palabras clave: Santificación. Perfección cristiana. Implicaciones pastorales.

Desde el momento de nuestro “nacer otra vez”, la gradual obra de santificación toma lugar. Somos capacitados por el Espíritu a “mortificar los deseos del cuerpo” (Romanos 8.11, 13) y de nuestra mala naturaleza, y somos más y más muertos al pecado, y más y más vivos para Dios.

Juan Wesley

He descubierto en mi tarea pastoral que “ir hacia la perfección” es hoy tan real y excitante como lo fue en los días de Juan Wesley.

Helmut Nausner

Introducción

Una de las notas distintivas del movimiento wesleyano, encarnado especialmente en su principal figura, Juan Wesley, es la referida a la “santificación” llamada también “entera santificación” y “perfección cristiana”.¹ Son varias las razones que justifican el estudio de este tema. Por un lado, se trata de una doctrina que no recibe suficiente consideración en muchos de los tratados teológicos sistemáticos en los cuales, cuando se aborda la

¹ Carlos Gattinoni afirma: “Wesley la llamó diversamente: la perfección cristiana, la entera santificación, o el amor perfecto. Toda esta nomenclatura ha embarullado muchísimo la comprensión de la doctrina, y agrava el problema inherente a una ‘perfección imperfecta’ como alguien la ha calificado.” *Principios del movimiento metodista*, Buenos Aires: Ediciones “Servir”, 1982, p. 149.

soteriología, todo el énfasis recae en la obra de Cristo y, en cuanto a su aplicación, en la justificación por la fe, dejando casi al margen la cuestión de la santificación.² Por otro lado, la santificación siempre ha ejercido una extraña fascinación en las iglesias evangélicas en general, aunque no siempre se la haya definido de manera sistemática y comprehensiva en cuanto a sus vastos alcances. Además, en algunos ámbitos de renovación carismática se han instalado ciertas formas de santificación que podrían denominarse extremas o impracticables, ya que no son producto de sólidos trabajos exegeticos y sus exigencias hacen depender la santidad del puro esfuerzo humano, olvidando la naturaleza pecaminosa del cristiano quien, con notable realismo, fuera definido por Lutero como *simil iustus et peccator*.³ Además de las razones aducidas, debe recordarse que es a partir de Juan Wesley que la doctrina de la santificación ejerció una gran influencia no sólo en el movimiento metodista en general, sino también en los movimientos de santidad y de algunas denominaciones cristianas⁴. Finalmente, el contexto cultural en que vivimos hoy, con fuerte énfasis en la experiencia y en la elaboración de una teología de corte praxeológico antes que dogmático, sirve de acicate para indagar hasta qué punto la teología de Wesley, en este caso sobre la santificación, puede ser presentada como un modelo de teología que surge de la experiencia y se forja al calor de la vida misma. El presente trabajo, en consecuencia, representa un intento por sintetizar el pensamiento de Wesley sobre la santificación, definir qué quiso decir con la expresión “perfección cristiana” para reflexionar, *a posteriori*, sobre las implicaciones pastorales de esa doctrina en nuestra actual coyuntura eclesial y ministerial. Para ello, apelaremos especialmente a algunos escritos del propio Wesley –en modo especial su sermón sobre Filipenses 3.12– y a la interpretación que de ese pensamiento hacen Harald Lindström⁵ y Helmut Nausner⁶

² Como ejemplos ilustrativos del lugar donde ubican el tema y la importancia que le otorgan, podemos citar los casos de Wolfhart Pannenberg y de Karl Barth. El primero, aunque hace referencia en algunos lugares a la santificación, cuando se dedica al tema de la soteriología, que titula “La Reconciliación del mundo”, hace énfasis en la salvación y la reconciliación, la representación como forma del evento salvífico y el Dios Trino como Reconciliador del mundo, dedicando sólo la última sección al “completamiento de la reconciliación en el Espíritu”. *Systematic Theology*, vol. 2, Grand Rapids: Eerdmans, 1994, pp. 449-454. (Hay versión española por Ediciones Sígueme). Barth le dedica un volumen íntegro que titula: “La santificación del hombre.” En efecto, en *Church Dogmatics*, IV/2, que forma parte de “La doctrina de la reconciliación”, Barth afirma que el evento de la reconciliación en Jesucristo es la base tanto de la justificación como de la santificación y que ésta es un compartir en la santidad de Jesucristo, el Único Santo siendo, también, un llamado al discipulado que significa vivir en respuesta al llamado de Jesús e involucra decisión personal para vivir como testigos del amor de Dios por el mundo. Para un análisis del tema véase David L. Mueller, *Karl Barth, Makers of the Modern Theological Mind*, Peabody, Massachusetts, 1972, pp. 134-139.

³ Para la interpretación de la genial definición de Lutero véanse: Carl E. Braaten & Robert W. Jenson, *Dogmática Cristã*, vol. 2, São Leopoldo: Sinodal, 1995, p. 414; Timothy George, *Theology of Reformers*, Nashville: Broadman Press, 1988, pp. 51-79; Wolfhart Pannenberg, *Systematic Theology*, vol. 3, pp. 218-230 y mi artículo “O caráter bíblico, libertário e existencial da teologia de Lutero”, en *Praxis evangélica, Revista de teologia prática latino-americana*, Londrina: Faculdade Teológica Sul Americana, Nro. 1, 2002, pp. 37-55.

⁴ En modo particular, el perfeccionismo es una doctrina adoptada por la Iglesia del Nazareno. Para una exposición detallada y favorable, véase Orton Wiley – Paul Culberston, *Introducción a la teología*, Kansas: Casa Nazarena de Publicaciones, 1948, especialmente los capítulos XVII y XVIII donde los autores desarrollan ampliamente el tema de la “entera santificación” o “perfección cristiana”. Para una perspectiva reformada de la santificación es recomendable la obra de J. I. Packer: *El renacer de la santidad*, trad. Juan Sánchez Araujo, Miami: Caribe, 1995.

⁵ Harald Lindström, *Wesley and sanctification*, Nappenee, Indiana: Francis Publishing House, 1996.

1. La perfección cristiana: un tema recurrente en Wesley

Helmut Nausner define la perfección cristiana del siguiente modo:

La perfección cristiana o “el amor santo”, sigue y depende de la justificación. Es mejor pensada no como un estado definitivo, sino como una relación viviente en la cual Dios continuamente suministra los dones por los cuales los cristianos son capacitados a moverse hacia la meta de la marcha desde la cual ellos han partido.⁷

Para Nausner, el propósito de Wesley nunca fue elaborar un detallado sistema de doctrina o de teología. Su énfasis estuvo más bien en la predicación. Eso puede demostrarse en los cincuenta y tres volúmenes de los *Standard Sermons* y las *Expository Notes upon the New Testament* que contienen las notas de Wesley sobre el Nuevo Testamento. “Tanto en los sermones como en las notas, la primaria norma doctrinal es la Escritura, desde el principio al fin, pero siempre la Escritura es interpretada por la tradición viva y vital de la fe.”⁸ Wesley siempre estuvo interesado en la experiencia cristiana más que en elaborados sistemas teológicos que no se relacionaran con la experiencia viva de la fe, la justificación y la santificación. En consecuencia, “la santificación está más conectada con la experiencia cristiana que con la doctrina cristiana. Y Juan Wesley estaba primariamente interesado en el cambio de corazón que con el cambio de doctrina.”⁹

Según Lindström, la importancia de la idea de perfección para Wesley, está evidenciada en la frecuente mención del tema en sus sermones y otros escritos como diarios de viajes, cartas y los himnos que publicó con su hermano Charles. Juan Wesley “nunca abandonó la posición general con respecto a la perfección cristiana la cual deriva de su introducción al misticismo práctico en 1725 que fue entonces expresado por primera vez; y es un tema continuo en sus sermones y libros.”¹⁰

2. La fe como condición para la santificación y la perfección

Es importante indagar sobre lo que el propio Wesley escribió sobre los términos clave: “santificación” y “perfección”. En su sermón “La Escritura como medio de salvación”, de 1765, Wesley relaciona la justificación con la santificación y dice:

Al mismo tiempo que somos justificados –sí, en ese mismo momento– comienza la santificación. En el instante en que nosotros “nacemos de nuevo, nacemos de arriba,

⁶ Helmut Nausner, “Some notes on Christian perfection”, *Quarterly Review, A Scholarly Journal for Reflection on Ministry*, Nashville: The United Methodist Publishing House, Vol. 3, Nro. 1, 1983, pp. 71-82.

⁷ Helmut Nausner, “Some notes on Christian Perfection”, *Quarterly Review, A Scholarly Journal for Reflection on Ministry*, vol. 3, Nro. 1, Nashville: The United Methodist Publishing House, 1983, p. 71.

⁸ *The Book of Discipline of the United Methodist Church*, 1976, p. 67, cit. por Nausner, *Ibíd.*, p. 72. En realidad, las *Notes upon the New Testament* representan una traducción y síntesis que Wesley hizo de la famosa obra del teólogo luterano Johann Albrecht Bengel (1687-1752) cuya obra publicada en 1742 se titula: *Gnomon novi testamenti*, comentario al texto griego del Nuevo Testamento, versículo por versículo. Debo esta aclaración al Dr. José Míguez Bonino (charla telefónica mantenida el 29 de marzo de 2003). Para más datos, véase artículo “Bengel, Johann Abrecht”, en J. D. Douglas, editor general, *The New International Dictionary of the Christian Church*, Grand Rapids: Zondervan, 1974, p. 120-121. Hay versión castellana de esta obra.

⁹ Nausner, *Ibíd.*.

¹⁰ *Op. Cit.*, p. 126.

del Espíritu.” Hay un real así como relativo cambio. Somos internamente renovados por el poder de Dios. Sentimos “el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”, produciendo amor a toda la humanidad, y más especialmente a los hijos de Dios, expulsando el amor al mundo, el amor al placer, a la comodidad, al honor, al dinero, junto con el orgullo, ira, amor propio y cualquier otra mala disposición. En una palabra, nuestra “mente terrenal, sensual y diabólica” es cambiada en “la mente que fue en Cristo Jesús” (Fil. 2.5).¹¹

Wesley se refiere al carácter gradual de la santificación. Porque es importante no identificar –como a veces se ha hecho– “entera santificación” como equivalente a algo espontáneo y, sobre todo, inmediato. Una experiencia única, sorprendente, que se concreta una vez y para siempre, en un momento. Por su importancia decisiva, nos vemos en la necesidad de citar *in extenso* las precisiones de Wesley:

Desde el momento de nuestro “nacer otra vez”, la gradual obra de santificación toma lugar. Somos capacitados por el Espíritu a “mortificar los deseos del cuerpo” (Romanos 8.11, 13) y de nuestra mala naturaleza, y somos más y más muertos al pecado, y más y más vivos para Dios. Vamos de gracia en gracia, mientras somos cuidadosos de “abstenemos de toda apariencia de mal” (1 Tesalonicenses 5.22) y somos “celosos de buenas obras” (Tito 2.4) y según tengamos oportunidad, haciendo el bien a todos los hombres mientras caminamos “en todas sus ordenanzas sin mancha, adorándole en espíritu y en verdad” mientras tomamos nuestra cruz y nos negamos a nosotros mismos todo placer que no nos conduzca a Dios. Es así que caminamos hacia la *entera* santificación, para *plena* salvación de nuestros pecados – de orgullo, amor propio, ira, incredulidad– o, como el apóstol lo expresa, “vamos hacia la perfección” (Hebreos 6.1). Pero ¿qué es “perfección”? La palabra tiene varios sentidos: aquí significa amor perfecto. Es amor que excluye el pecado, amor que llena el corazón, ocupa toda la capacidad del alma. Es amor que “se regocija aún más, orando sin cesar, dando gracias en todo.”¹²

De esta importante cita, advertimos cómo Wesley vincula “nuevo nacimiento” con santificación, definiendo a esta última como una “obra gradual” en la que el Espíritu Santo tiene un papel primordial, ya que es Él quien nos capacita para mortificar los deseos pecaminosos “del cuerpo”.¹³ Se advierte, también, que la santificación no es simplemente una experiencia negativa, de restricción del mal, del pecado y los malos deseos, sino que también tiene una faceta positiva, toda vez que nos hace celosos de buenas obras y nos

¹¹ John Wesley, *The Scripture way of salvation* (1765), cit. en David Lyle Jeffrey, *English Spirituality in the age of Wesley*, Grand Rapids: Eerdmans, 1987, p. 210.

¹² *Ibid.*, pp. 211-212,

¹³ Debe advertirse que en Romanos 8, donde aparece el contraste entre “carne” (*sarx*) y “Espíritu” (*pneuma*), casi inesperadamente, en el v. 13 Pablo usa la palabra *soma* = cuerpo. Literalmente se lee en el texto griego: τὰς πράξεις τοῦ σώματος, expresión ésta última que sorprende tanto que no faltan versiones, como la Reina Valera, que traducen “carne”. Se pueden consignar las siguientes traducciones para cotejar las distintas opciones: “hacéis morir las obras de la carne” (RV 1969 y 1995), “dan muerte a los malos hábitos del cuerpo” (*Nueva Versión Internacional*) “mortificáis las acciones del cuerpo” (*Biblia del Peregrino*). Son los malos deseos o pasiones que son ejecutadas por el cuerpo como instrumento de realización. No necesariamente que el cuerpo, en sí mismo, sea algo malo o perverso, según la perspectiva griega.

conduce a caminar en las ordenanzas de Dios y en adoración en espíritu y verdad. Ahora bien: el problema se plantea luego, con la referencia que Wesley hace a la “*entera* santificación” y la “*plena* salvación” de nuestros pecados.¹⁴ Luego de citar el texto de Hebreos 6.1 que habla de ir hacia la “perfección”, Wesley admite que esa palabra tiene varios sentidos, pero en ese caso, “significa amor perfecto”. Surge la pregunta: ¿cuál es la base o fundamento a partir del cual Wesley puede definir o relacionar la “perfección” con el “amor perfecto”. No hay respuesta en lo inmediato, porque luego el tema pasa al “carácter de la fe”, la “salvación ‘por fe’” y la “experiencia de fe”. Es precisamente en la sección titulada “Salvación ‘por fe’” donde Wesley vuelve a tema de la santificación para enunciar un principio no carente de importancia:

Exactamente como somos justificados por fe, así somos santificados por fe. La fe es la *condición*, y la *única* condición, de la santificación, exactamente como de la justificación. Es la *condición*: nadie es santificado si no cree; sin fe nadie es santificado. Y es la *única* condición: esta única es suficiente para la santificación. Todo el que cree es santificado, sea que la tenga o no. En otras palabras, nadie es santificado hasta que no cree; cualquiera, cuando cree, es santificado.¹⁵

Todo el énfasis de Wesley recae en la fe. Y ello hasta tal punto, que se anima a decir que ni siquiera son imprescindibles los frutos de arrepentimiento. Ya que nadie es santificado hasta que cree. “Pero en el momento en que cree, con o sin aquellos frutos –sí, con más o menos de su arrepentimiento– él es santificado...Porque este arrepentimiento y esos frutos sólo son *remotamente* necesarios como medios para la continuación de su fe [...]”¹⁶

3. La perfección cristiana en el sermón sobre Filipenses 3.12.

En el sermón Nro. 40 del volumen *Sermones III*,¹⁷ Wesley desarrolla más ampliamente la idea de perfección. La declaración de Pablo allí es: “No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto.” Comienza diciendo que “difícilmente haya en las Sagradas Escrituras una expresión que haya sido mayor causa de ofensa que ésta. La palabra “perfecto” es lo que muchos no pueden soportar.”¹⁸ Y es tan fuerte esta primera declaración de Wesley, que piensa que quien predique la perfección “corre el peligro de ser considerado por ellos peor que un pagano o un publicano.”¹⁹ Haciendo caso omiso a quienes le aconsejaron dejar de lado el tema, Wesley arremete contra sus adversarios mediante una amplia exposición del tema que no se reduce al citado texto de Filipenses 3.12 sino que, a partir de él, desarrolla su argumentación recorriendo diversos pasajes de las Sagradas Escrituras. Insiste en la importancia del término “perfecto” y “perfectos” desde el momento en que en el contexto del pasaje, aunque Pablo admite que todavía no es “perfecto” luego añade en el v. 15: “todos los que somos perfecto esto mismo sintamos.” En la primera parte de su argumentación, Wesley se dedica a mostrar –vía negativa– en qué sentido los cristianos no son perfectos. Dice que “no son perfectos en el conocimiento: no son *tan* perfectos en esta

¹⁴ Ambos adjetivos están en bastardillas, en el original inglés.

¹⁵ *Op. Cit.*, p. 214. Bastardillas originales.

¹⁶ *Ibid.*, p. 217.

¹⁷ *Obras de Wesley*, tomo III, *Sermones III*, Durham: Wesley Heritage Foundation, 1996.

¹⁸ *Ibid.*, p. 21.

¹⁹ *Ibid.*

vida como para ser libres de toda ignorancia.”²⁰ Conocen, sí, las verdades generales reveladas por Dios, saben que son llamados sus hijos, conocen la operación del poder de su Espíritu pero “son incontables las cosas que no conocen.”²¹ A modo de ilustración, cita el texto de 1 Juan 5.7 en el sentido de que “no pueden entender, no diré ya, cómo es que *hay tres que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno*; o cómo el eterno Hijo de Dios *tomó sobre sí la forma de un siervo*, sin ningún atributo ni ninguna circunstancia de la naturaleza divina.”²² Otras cosas que ignoran los cristianos, sigue argumentando Wesley, son las referidas a las razones y “muchas de las dispensaciones presentes para con la humanidad, sino que se ven obligados a contentarse con ellas.”²³ Más adelante llega a admitir que los cristianos “en las cosas que no son esenciales a la salvación se equivocan, y ello frecuentemente.”²⁴ Inclusive, los creyentes son personas que se muestran falibles en su comprensión de las Sagradas Escrituras “especialmente en cuanto a aquellas partes de las mismas que se relacionan menos inmediatamente a la práctica.”²⁵ En síntesis, los cristianos no son perfectos como para ser libres de ignorancia o de error. Tampoco, dice Wesley en tercer lugar, son libres de los defectos. ¿Cuáles son esos defectos? Responde Wesley: “todas aquellas imperfecciones internas o externas que no son de naturaleza moral. Tales como la debilidad o la lentitud del entendimiento, la torpeza o confusión en la incompreensión, la incoherencia del

²⁰ *Ibid.*, p. 22. Bastardillas originales.

²¹ *Ibid.*, p. 23.

²² *Ibid.* Bastardillas originales. Como se observa, Wesley acepta la variante llamada *Comma Ioanneum* sobre la cual, advierte Johann Michl: “falta en todos los manuscritos griegos (con excepción de algunos pocos de fines de la edad media, o posteriores, dependientes de la Biblia latina), en las versiones orientales y en muchos manuscritos latinos, precisamente en los más antiguos y mejores (en algunos aparece el v. 7 pospuesto al v. 8).” *Carta a los Hebreos y Cartas Católicas*, trad. Florencio Galindo, Barcelona: Herder, 1977, p. 657. Por su parte el René Krüger amplía: “El llamado *Comma Johanneum* en 1 Jn 5,7-8, sobre el cual hay una extensa literatura especializada, es atestiguado por primera vez (de manera segura) en el escrito “Liber apologeticus” 1,4 del predicador hispano Prisciliano, allá por el año 380. Se trata de un agregado a los versículos 7-8 de 1 Jn 5, que suministra una interpretación trinitaria de estos dos versículos. Este agregado, cuya formulación presenta variantes de un testigo a otro, se halla a partir del siglo 7 también en diversos manuscritos latinos y desde el siglo 8 en numerosos manuscritos de la Vulgata. Desde allí se introdujo probablemente como glosa marginal a un manuscrito griego del siglo 12 como también a tres manuscritos griegos de los siglos 14 a 16. Dado que la autenticidad de este agregado incluido entre los vs. 7 y 8 se cuestionaba cada vez menos, ingresó en 1590 en la edición oficial de la Vulgata. Indico el *Comma Johanneum* en **negritas** dentro del texto completo según la Versión Clementina de 1592: “Quoniam tres sunt, qui testimonium dant **in caelo: Pater, verbum et spiritus sanctus, et hi tres unum sunt, et tres sunt, qui testimonium dant in terra: Spiritus et aqua et sanguis, et hi tres unum sunt**”. Es posible que este *Comma* (= oración, parte de una oración) ya se haya originado entre los siglos 2 y 3 como glosa marginal alegórica y dogmática a los dos versículos en cuestión, siendo introducido posteriormente por copistas al texto bíblico. El argumento más fuerte para sostener el carácter secundario del *Comma Johanneum* (es decir, no original del autor de 1 Jn) es su ausencia en todos los manuscritos griegos hasta el siglo 11. Ningún Padre griego o latino lo cita antes del siglo 4.” Comunicación por e-mail, Buenos Aires, 14 de marzo de 2003.

²³ *Ibid.*, p. 24.

²⁴ *Ibid.*, p. 25.

²⁵ *Ibid.* De paso, obsérvese un principio hermenéutico en Wesley: las cosas esenciales para la salvación y las que tienen que ver con la *praxis* cristiana, son claras y no hay incompreensión por parte de los cristianos. Pero en aquellos contenidos escriturarios en los que no hay mucha relación con la vida práctica, puede haber incompreensión y “diferencia de opiniones”. *Ibid.*

pensamiento, la velocidad irregular o pesadez de la imaginación.”²⁶ Tampoco ser perfectos significa ser libres totalmente de la tentación porque “tal perfección no pertenece a esta vida.”²⁷ Al resumir la primera parte de su argumentación, Wesley dice:

Por consiguiente, la perfección cristiana no implica (como algunos parecen haberlo imaginado, quedar exentos de la ignorancia o del error, de los defectos o de las tentaciones. Por cierto, no es más que otra palabra para la santidad. Son dos nombres para la misma cosa. Así, todo aquel que es perfecto es santo, y todo el que es santo es, en el sentido bíblico, perfecto. Sin embargo, podemos observar que ni siquiera en este aspecto hay perfección absoluta en la tierra. No hay “último grado de perfección”, como se le denomina, nada que no admite un crecimiento continuo.²⁸

En la segunda parte de su exposición, Wesley responde la pregunta: ¿En qué sentido son perfectos los cristianos? Allí, primeramente se refiere a etapas en las que consiste o por las cuales pasa la vida cristiana. Algunos son recién nacidos mientras que otros ya han alcanzado madurez. La base de su argumentación es el pasaje de 1 Juan 2.12-14, donde el apóstol habla de “hijitos”, “jóvenes” y “padres”. Pasando luego a la teología paulina de Romanos 6.1 y 2, Wesley afirma: “la palabra de Dios claramente declara que aun aquellos que son justificados, que nacen de nuevo en el sentido más común, no *perseveran en pecado*; no pueden *vivir aún en él*.”²⁹ Y, citando Romanos 6.5 y 6, Wesley dice que los justificados han sido plantados juntamente con Cristo en la semejanza de su muerte. De ese modo “su *viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvan más al pecado*...”³⁰ En consecuencia, a modo de conclusión provisoria, estos textos le permiten decir que “todos los verdaderos cristianos o creyentes en Cristo, son liberados del pecado externo.”³¹ Para corroborar este carácter “externo” del pecado, apelando a 1 Pedro 4.1, 2, Wesley dice que el “‘terminar con el pecado’, si ha de ser interpretado en el sentido más común, debe significar el cese del acto externo, de toda transgresión externa de la ley.”³² Hay, a todas luces, un intento por reducir el pecado a cuestiones externas, a transgresiones externas de la ley divina. Luego, Wesley se ocupa de refutar a quienes, apelando al Antiguo Testamento, argumentaban que allí, piadosos hombres de Dios como Abrahán, David y otros, cometieron pecado. Eso, para Wesley, es “rebajar la dispensación cristiana a las pautas judías”³³ e ignorar las Escrituras y el poder de Dios. Por lo tanto, “cualquiera fuese el caso de los que estaban bajo la ley, podemos afirmar con seguridad que desde que fue entregado el Evangelio, *todo aquel que ha nacido de Dios no practica el pecado*.”³⁴ Wesley distingue entonces, entre la dispensación de la ley y la del Evangelio y encuentra que, desde que el Evangelio ha

²⁶ *Ibid.*, p. 27.

²⁷ *Ibid.*.

²⁸ *Ibid.*, p. 28. En nota del editor, se indica a modo de aclaración frase citada entre comillas: “Aquí Wesley rechaza la opinión de Thomas Drayton, que es posible alcanzar en esta vida una perfección tal como que uno haya muerto al pecado. Wesley prefiere hablar de una ‘perfección en el amor’, que para Drayton era solamente uno de los elementos de la perfección cristiana.” Nota 48 de *Ibid.*.

²⁹ *Ibid.*, p. 30. Bastardillas originales.

³⁰ *Ibid.*, pp. 30-31.

³¹ *Ibid.*, p. 31.

³² *Ibid.*.

³³ *Ibid.*, p. 34.

³⁴ *Ibid.*, p. 35. Bastardillas originales.

venido, los creyentes ya no son más esclavos, sino hijos de Dios y no hacen del pecado una práctica.

En la última parte de su exposición, Wesley vuelve a la teología de la primera epístola de Juan, para afirmar que, primero, Juan declara que “la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado”. Segundo, que “Nadie puede decir: Yo no he pecado, no tengo pecado del cual ser limpiado.” Tercero, “Pero Dios está listo, a la vez, a perdonar nuestros pecados pasados y a salvarnos de ellos en el tiempo venidero.”³⁵ En cuarto lugar, apelando a 1 Juan 2.1, Wesley dice que quien ha pecado “no necesita continuar en pecado, siendo que *‘abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.’*”³⁶ Y arriba entonces a la conclusión provisoria: “El cristiano es tan perfecto como para no cometer pecado.”³⁷ Más adelante, avanza en su argumentación para ampliar su visión del “pecado exterior” y apuntar a lo interior. Citando las palabras de Pablo de Gálatas 2.20 en la que el apóstol se juzga crucificado juntamente con Cristo y ya no vive él sino Cristo en él, dice Wesley: “palabras que expresamente describen una liberación tanto del pecado interior, como del exterior.”³⁸ Recién entonces, es cuando Wesley cita el conocido pasaje de 1 Juan 4.17 que habla del “amor perfecto”, comentando:

Aquí el apóstol, más allá de toda contradicción, habla de sí mismo y de otros cristianos vivientes, acerca de los cuales (como si hubiera previsto esta evasión y se hubiera dedicado a derribarla a partir de su fundamento) afirma terminantemente que, no sólo con la muerte o después de ella sino “en este mundo”, son como su Maestro.³⁹

En la conclusión de su exposición, Wesley distingue cuidadosamente entre justificación y santificación. Basándose en las expresiones de Juan “para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”⁴⁰ argumenta que el orden en que escribe el apóstol es claro: primero, se habla de que Dios perdona nuestros pecados y luego dice que nos limpia de toda maldad. Para Wesley, la santidad interior y exterior no pueden ser “necesariamente previas a la justificación.”⁴¹ Y concluye enfáticamente: “*Queda firme, entonces, que los cristianos son salvados en este mundo de todo pecado, de toda iniquidad; que son ahora en tal sentido perfectos como para no cometer pecado y ser libres de los malos pensamientos y del mal genio.*”⁴² Si la exposición terminara allí, podría dar la sensación bastante nítida de que se trata de una perfección absoluta. No obstante, como si fuera una matización de su pensamiento, Wesley agrega unos textos que hacen pensar en una perfección que no es total y que significa un camino hacia una meta. Concretamente, cita 2 Corintios 7.1 que habla de ir perfeccionando la santidad en el temor de Dios y, apelando a Filipenses 3.13-14 y Romanos 8.21, dice: “*Hagamos una cosa: olvidando lo que queda detrás y extendiéndonos a lo que está delante, prosigamos a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús*” clamando a él día y noche hasta que nosotros también seamos “liberados de

³⁵ *Ibid.*, p. 44.

³⁶ *Ibid.*. Bastardillas originales.

³⁷ *Ibid.*, p. 45.

³⁸ *Ibid.*, p.47.

³⁹ *Ibid.*, p. 47.

⁴⁰ 1 Jn. 1.9

⁴¹ *Ibid.*, p. 50.

⁴² *Ibid.*. Bastardillas originales.

la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.”⁴³ Hay, entonces, una exhortación a seguir hacia una meta todavía no alcanzada del todo. Un clamar día y noche, lo que implica lucha espiritual, para ser liberados de la esclavitud de corrupción que, a la luz del contexto de Romanos 8, se logrará recién en la consumación de todas las cosas, en la liberación de toda la creación de las actuales ataduras provocadas por el pecado.

4. Santificación “entera” y “gradual”

En su meduloso trabajo sobre Wesley y la santificación y, particularmente el capítulo referido a la “perfección cristiana”, Lindström destaca la importancia y el significado general de esa doctrina, mostrando que para Wesley, positivamente la perfección es en primer lugar amor perfecto. Negativamente es perfecta liberación del pecado. El corazón es purificado de todo pecado. Esto significa que el hombre es liberado de sus malos pensamientos y malos genios. Y que “el perfecto amor a Dios ‘implica, que ningún mal genio, ninguna cosa contraria al amor, permanece en el alma; y que todos los pensamientos, palabras y acciones, son gobernadas por el amor puro.’”⁴⁴ Para Lindström, Wesley hizo de la entera santificación una de las etapas en el proceso de la vida cristiana. “Ella llegó a ser otra y más elevada etapa después del nuevo nacimiento. Una gradual e instantánea obra fue conjuntada en el orden de salvación. El nuevo nacimiento, el cual tomó lugar instantáneamente, fue seguido por una santificación gradual precediendo el evento instantáneo de la entera santificación.”⁴⁵ En su opinión, en el pensamiento de Wesley “la conexión entre santificación gradual e instantánea es también vista en el sentido en que la esperanza de perfección es el motivo para su gradual desarrollo.”⁴⁶ Comparando la perspectiva de Wesley con los reformadores, particularmente Lutero, Lindström dice que “para Wesley la perfección era una obtenible y más alta etapa en la vida cristiana después del perdón de los pecados y el nuevo nacimiento. Para Lutero por otro lado, el perdón, que al mismo tiempo significa transformación del hombre, era en sí mismo la más alta expresión de la vida cristiana.”⁴⁷ En breve: “Para los reformadores la perfección era perfección en la fe, pero para Wesley ella era una inherente perfección ética en amor y obediencia.”⁴⁸

Analizando más en detalle el pensamiento de Wesley sobre la perfección cristiana, Lindström enfatiza el amor como la clave y esencia de esa perfección: “La esencia de la perfección y el objetivo de la fe es el amor. Visto en este sentido, la vida cristiana es desarrollo en amor. La perfección viene a significar perfección en el amor.”⁴⁹ Interpretando las ideas de Wesley entre la ley del Antiguo Testamento y la ley de la fe, Lindström dice que claramente ningún hombre está ahora en la posición de cumplir con la ley mosaica, ya

⁴³ *Ibid.*. Bastardillas originales.

⁴⁴ *Wesley and sanctification*, p. 131.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 134.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 134-135.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 136.

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ *Ibid.*, p. 141. En su pensamiento sobre la perfección, Lindström dice que Juan Wesley “continuó la línea de los místicos prácticos, Thomas de Kempis, Jeremy Taylor, y William Law, sobre cuyo ideal de *Imitatio Christi* él modeló mucho de su pensamiento.” *Op. Cit.*, p. 160. La misma opinión está en Nausner, *Op. Cit.*, p. 75. Algunos pasajes de la obra de Kempis podrían establecer paralelos con las ideas de Wesley. Por ejemplo: “Si te vences a ti perfectamente, todo lo demás lo sujetarás con facilidad. La perfecta victoria consiste en vencerse a sí mismo.” *Imitación de Cristo*, Libro III, capítulo LIII.

que la ley a la que ahora el hombre debe someterse es la ley de la fe. Y resume: “La fe es considerada el fundamento de la ‘institución cristiana’, el amor su fin.”⁵⁰ En consecuencia, se puede decir que Wesley creía en la entera santificación y no creía en ella. Lingström explica:

Wesley creyó que él era enteramente santificado cumpliendo plenamente la ley en cuanto a su total disposición, sus pensamientos, su palabras y acciones tuviesen su fuente en el amor. A esto se extiende que él no quebrantaba la ley. En esa medida era perfecto. Pero en otro sentido no cumplía la ley. Porque él no era infalible. Por causa de los inevitables defectos que son parte de él, debe necesariamente cometer muchos errores.⁵¹

La aparente contradicción en Wesley se debe a “su uso de dos diferentes conceptos de perfección y una correspondiente dualidad en los términos de la ley y el pecado. Él emplea un concepto de perfección relativa y un concepto de perfección absoluta.”⁵² Este concepto dual de perfección, según Lindström, se puede ver con mayor claridad en las cartas de Wesley, en las cuales él mantiene ambas posibilidades de perfección. Por un lado, la perfección total y por otro, la perfección relativa con la “continua necesidad de perdón de parte del plenamente santificado.”⁵³ Porque, “para Wesley, los cristianos, aun el más santificado, deben vivir sobre la base del perdón.”⁵⁴

5. Síntesis

El rastreo de las fuentes consultadas permite llegar a ciertas conclusiones clave en este tema importante de la “perfección cristiana” o “entera santificación” tal como la concibiera Juan Wesley.

En primer lugar, es evidente que Wesley otorga importancia decisiva al tema de la santificación o “perfección cristiana”, el que aparece recurrentemente en sus escritos, sean sus sermones o sus cartas. Esto pone de manifiesto lo que se ha admitido ya como una realidad: la influencia que sobre su pensamiento teológico ejercieran los moravos y los místicos como Thomas de Kempis, Jeremy Taylor y William Law.⁵⁵ Hay, sin embargo, una nota distintiva en su manera de enfocar el tema. Wesley supera la interpretación católica clásica distinguiendo cuidadosamente la santificación de la justificación.⁵⁶ Como hemos

⁵⁰ *Ibid.*, p. 147.

⁵¹ *Ibid.* En otro texto dice Wesley: “creemos que no hay tal perfección en esta vida que comprenda una total inmunidad en cuanto a la ignorancia o a los errores en cosas no esenciales a la salvación, o en las múltiples tentaciones, o numerosas flaquezas con las cuales el cuerpo corruptible más o menos afecta el alma.” *La perfección cristiana*, octava edición, Kansas City: Casa Nazarena de Publicaciones, 1990, pp. 29-30.

⁵² *Ibid.*, p. 150

⁵³ *Ibid.*, p. 151

⁵⁴ *Ibid.*, p. 152

⁵⁵ El propio Wesley testimonia de la influencia de Kempis en su pensamiento: “En el año 1726, leí *Modelo cristiano* de Kempis. La naturaleza y extensión de la religión interior, la religión del corazón, presentóseme con más claridad que nunca antes.” *La perfección cristiana*, p. 6.

⁵⁶ En este sentido, Gattinoni dice: “Sólo podemos entender la doctrina wesleyana si nos percatamos que Wesley sacó la doctrina de la santificación, del sistema de actos meritorios, según lo entendía la Iglesia Católica-romana (legalismo) para ubicarla entera y exclusivamente en el de la gracia (fideísmo).” *Op. Cit.*, p. 150.

visto, él mismo se ocupa de aclarar que la santificación no puede ser algo anterior a la justificación. No se trata de alcanzar elevados niveles de santidad por esfuerzo propio, *a posteriori* de los cuales Dios nos justifica. Pero tampoco se trata de separar tanto ambas realidades hasta desconectarlas. Porque, según la comprensión de Wesley: “La vida santa no es una precondition para la justificación sino la necesaria consecuencia.”⁵⁷ La santificación comienza en el momento en que se concreta la justificación por la fe. Pero no se da una sin la otra. Y, por otra parte, la fe –que es *conditio sine qua non* para la justificación, lo es también para la santificación. Nadie es santificado si no tiene fe. Es necesario tener fe verdadera en la gracia de Dios en Jesucristo.

Precisamente, en segundo lugar, la santificación aparece en Wesley como un fruto de la gracia de Dios. En este sentido, es importante siempre recordar su experiencia antes y después de Aldersgate. Porque, como dice Nausner: “Su experiencia de Aldersgate le ayudó a comprender que la gracia de Dios es nada de lo que el hombre pueda hacer; es el libre don de Dios al indigno, en virtud de Cristo. [...] El vivir santo no fue más un intento de ganar la gracia de Dios, sino una respuesta de la fe viva que le había sido dada en el acto de la justificación.”⁵⁸ Toda búsqueda de santificación y de “perfección cristiana” resultará –en la comprensión de Wesley– en un ejercicio inútil si se realiza por puro esfuerzo humano, ya que es fruto de la gracia todopoderosa de Dios en Cristo. La santificación es –como en muchos otros casos– una clara manifestación de la gracia de Dios.

En tercer lugar, la marca que indica que se ha logrado la “entera santificación” es el “amor perfecto”. Esto es importante, porque para Wesley no son los grandes carismas, ni las grandes obras, ni los grandes ministerios los que autentican la tenencia de la santificación. Nadie es “perfecto” si no ama con un amor plenamente desarrollado en su corazón por la acción del Espíritu Santo. Para Wesley, un cristiano o una cristiana alcanzan la entera santificación, sólo cuando el amor es la fuente real de sus pensamientos, palabras y acciones. Sin amar a Dios y al prójimo como a nosotros mismos, es en vano que pretendamos ser “enteramente santificados”. Y ese amor, esa “clase de amor”⁵⁹ es de naturaleza divina y celestial, por eso sólo puede ser producido por la acción del Espíritu de Dios. En este sentido, como bien dice Nausner:

La santificación significa “ir hacia la perfección” no en mi propio poder, sino en el poder del Espíritu Santo⁶⁰ quien provee a cada cristiano nacido de nuevo con “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y control propio” (Gá. 5.22). Esos son, de acuerdo a Wesley, los “frutos ordinarios” del Espíritu.⁶¹

En cuarto lugar, es evidente que Wesley entra en algunas contradicciones cuando enfoca el tema de la “perfección cristiana”. Dicho de otro modo: hace esfuerzos por encontrar una terminología adecuada para expresar su ideas sobre el tema, y tal vez sin quedar suficientemente satisfecho. Las fuentes consultadas permiten ver cierta ambivalencia en el uso de los términos. El propio Wesley parece ser consciente de lo difícil

⁵⁷ Nausner, *Op. Cit.*, p. 76.

⁵⁸ Helmut Nausner, *Op. Cit.*, p. 75.

⁵⁹ De la expresión de Juan: “miren qué amor” (*Biblia de Jerusalén*), “¡Fíjense qué gran amor...!” (*NVI*); “Ved qué grande amor...” (*Biblia del Peregrino*). Literalmente dice el texto griego: ἴδετε ποταπεν αγαπεν. La expresión ποταπεν viene del griego ποδαπος que significa “país”. En el Nuevo Testamento se usa para “qué”, “de qué manera”, “de qué clase”. Véase su uso en Lc. 1.29; 7.37; Mt. 8.27 y Mr. 13.1.

⁶⁰ La expresión inglesa que usa el autor es: *empowered by the Holy Spirit*.

⁶¹ *Op. Cit.*, p. 76.

que es el tema en cuestión, ya que se ocupa de aclarar –por ejemplo en el sermón sobre Filipenses 3.12– que el “ser perfectos” no debe ser considerado como que los cristianos conocen absolutamente todos los misterios de Dios o aún todos los contenidos de las Escrituras. Enuncia entonces un principio hermenéutico importante: conocemos y entendemos las cosas atinentes a nuestra salvación. Y, además de que “ser perfectos” no significa tener un conocimiento perfecto de Dios y de su palabra, tampoco debe ser considerado como la imposibilidad de cometer errores o faltas. Ni siquiera significa estar exentos de tentaciones. Claramente, dice Wesley, “tal perfección no pertenece a esta vida.”⁶² ¿Cuál es, entonces, la perfección de la que él habla? En términos claros dice: “no es más que otra palabra para la santidad. Son dos nombres para la misma cosa. Así, todo aquel que es perfecto es santo, y todo el que es santo es, en el sentido bíblico, perfecto.”⁶³ Si Wesley aclara que hay una perfección que no pertenece a esta vida actual, entonces claramente implica que existe otro tipo de perfección de la que está hablando y que es, como aclara luego, la santificación. Es este uso diferenciado de “perfección” que da fundamento a Lindström para interpretar una especie de “sí...pero”. O, en frase de Cullmann un “ya, pero todavía no” de la perfección. Wesley emplea entonces, dos diferentes conceptos de perfección: un concepto relativo y un concepto absoluto de ella. Es este carácter dual de los términos “perfecto” y “perfección” que hay que tener en cuenta para no llegar a conclusiones equívocas. El comentario de Gattinoni resulta clarificador: “Para Wesley la santificación no era algo estático, sino dinámico. Era un don de Dios otorgado de momento a momento, nunca una posesión definitivamente adquirida. Nadie podía ufanarse de tener la santidad asegurada para las horas venideras.”⁶⁴

Finalmente, la exposición de Wesley sobre “la santificación” pone en evidencia su permanente búsqueda por relacionar la experiencia con la teología. Lejos de una búsqueda por un sistema teológico internamente coherente, lejos de dogmas inmodificables, Wesley intenta “hacer teología” desde la experiencia, desde la realidad de él mismo como cristiano y de la Iglesia de Cristo como comunidad. Es esa búsqueda que hace de su teología algo viviente y atractivo. En su respuesta crítica al trabajo de Nausner, Kenneth Pyles dice que Nausner “ve a Wesley como eligiendo entre predicación y teología, doctrina y experiencia. Por el contrario, el genio de Wesley fue que concibió la predicación y la enseñanza de la doctrina como vivas funciones que requieren la práctica aplicación inmediata a la vida diaria de los creyentes.”⁶⁵ Podemos decir, entonces, que en este tema de la santificación, como en otros de su pensamiento teológico, Wesley se muestra como un teólogo comprometido con la realidad y que elabora su pensamiento al calor de su experiencia y la de la comunidad a la que sirve. Es un modelo de teología “desde la praxis” de fe.

6. Implicaciones pastorales

En primer lugar, la importancia que Wesley otorga al tema de la santificación permite superar planteamientos exclusivamente “forenses” de la salvación entendida como “justificación”. A veces ha predominado tanto el énfasis en el carácter forense de la justificación que veladamente se puede tomar en una especie de “ficción legal”⁶⁶ un

⁶² *La perfección cristiana, Sermón 40, sobre Filipenses 3.12. Obras de Wesley, III, p. 27.*

⁶³ *Ibid.*, p. 28.

⁶⁴ *Op. Cit.*, p. 152.

⁶⁵ W. Kenneth Pyles, “Response to ‘Notes on Christian Perfection’”, *Op. Cit.*, p. 83.

⁶⁶ Una breve pero fundamentada discusión del tema se encuentra en: George E. Ladd, *A Theology of the New Testament*, Grand Rapids: Eerdmans, 1974, pp. 437-450. Para un análisis crítico de esa perspectiva forense de

reduccionismo que no hace justicia a la totalidad de la enseñanza bíblica sobre la salvación. En este sentido, el aporte de Wesley consiste en no separar –aunque sí distinguir– entre justificación y santificación, estableciendo que: ambas son fruto de la gracia de Dios en Cristo, ambas se experimentan “por la fe” y constituyen dos caras de la misma moneda. Nuestra predicación del Evangelio hoy debe contener, entonces, las dos facetas. Debemos proclamar al hombre y la mujer de hoy, que en Cristo hay justificación y santificación como expresiones de la gracia salvadora de Dios y restauradora de la imagen de Dios deteriorada por el pecado. Tomando en consideración la justificación y la santificación, Wesley desarrolla un concepto dinámico y gradual de la salvación. Esta no se reduce a un mero acto puntual de “aceptar a Cristo como único y suficiente Salvador” sino que implica, también, reconocerlo como Señor, aspecto que se visualizará en la medida en que se dé el proceso santificador en la vida del creyente.

En segundo lugar, con su énfasis en la vida santificada, consagrada a Dios y en búsqueda de una “perfección cristiana”, Wesley nos enseña a no transigir con el pecado, a no resignarnos a una vida cristiana mediocre, sino que nos insta a alcanzar altos niveles de santidad en términos de rechazo del pecado como estilo de vida y la opción de una vida consagrada a Dios, su Reino y su justicia. Aunque es cierto que todo es por la gracia de Dios, no lo es menos el hecho de que sólo quienes viven en una vida de pureza de corazón, intención y acción, agradan a Dios y pueden ser poderosamente usados para el bien de la Iglesia y el mundo. La perspectiva wesleyana de la santificación nos conduce a revisar nuestras propias vidas y vincular santidad y perfección cristianas como condiciones para agradar a Dios y servirle con eficacia sabiendo que esas virtudes no son autogeneradas sino producidas por el Espíritu Santo.

En tercer lugar, la doctrina de Wesley sobre la santificación otorga al Espíritu Santo un lugar primordial en su ejecución ya que no hay vida santificada sin rendición total al poder del Espíritu Santo en nuestras vidas. Fue tan importante y decisivo el lugar que Wesley le otorga al Espíritu Santo en la vida de los cristianos, que –sin pretender hacer de ello un tema de discusión teológica– Wesley distingue entre la antigua dispensación judaica y la nueva en Cristo, en la cual la gracia santificadora del Espíritu Santo es otorgada a los verdaderos creyentes en una plenitud antes no conocida.⁶⁷ En la teología de Wesley el Espíritu Santo no es “la persona olvidada de la Trinidad” ni un mero postulado doctrinal con poca incidencia en la vida diaria. Por el contrario, el Espíritu Santo era, para Wesley, el agente de la Trinidad que hace posible la vida de santidad y que genera el fruto del Espíritu: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y templanza. Hablar del Espíritu Santo, enseñar sobre el Espíritu Santo y, sobre todo, cultivar la vida en el Espíritu es el desafío de una pastoral wesleyana para nuestro tiempo.

En cuarto lugar, Wesley destaca que la vida de santidad y de “perfección cristiana” se patentizan en el amor. Siendo el amor la primera faceta del fruto del Espíritu, es el “amor perfecto” derramado y desarrollado por el Espíritu Santo en nuestras vidas, el que constituye la marca del creyente “enteramente santificado”. O sea: no son los carismas o dones del Espíritu Santo ni los ministerios espectaculares los que distinguen y manifiestan

la justificación, recomendamos el artículo de Guillermo Hansen “Justificación, cruces y sanación”, *Cuadernos de teología*, volumen XXI, Buenos Aires: Instituto Universitario ISEDET, 2002, pp. 123-142. Allí, el autor dice: “En rigor esta visión es una profundización de la visión anselmiana (*cur deus homo*), con el agravante de conferir a la indolencia y al quietismo una nueva virtuosidad religiosa y teológica.” Nota 4, p. 129.

⁶⁷ En este sentido, Lindström cita las siguientes fuentes: *Christian Perfection* de 1750 y *Notes* de 1755 sobre Juan 7.39.

una vida de perfección cristiana, sino el amor a Dios y al prójimo. La pastoral hoy, debe enfatizar el amor como la virtud a partir de la cual podemos saber si alguien vive una vida de santificación y perfección en Cristo. Porque la vida de santidad no es otra cosa que la reproducción, en escala, de la vida de Cristo que se caracterizó por el amor al prójimo y, en modo especial aunque no excluyente, a los pobres y marginados de la sociedad. Es este último dato, también, importante en la comprensión de la santificación en Wesley que tuvo, en teoría y práctica, alcances sociales.⁶⁸ La pastoral encara hoy el gran desafío de aplicar la santificación a la vida toda, incluyendo también lo familiar, lo social, lo político y lo ecológico. El desafío se torna crucial cuando asistimos a un sistemático deterioro de esos ámbitos, fruto del pecado humano en sus diversas manifestaciones. No hay ámbitos en los cuales el amor, nota distintiva de la vida santificada en Cristo y por el Espíritu, no deba hacerse presente.

En quinto lugar, la teología de Wesley sobre la santificación y la vida de perfección cristiana ponen en evidencia la importancia de relacionar la experiencia con la teología y de que esta última sea, siempre, el fruto de una experiencia vital y profunda en Dios. Hoy, cuando se discute la relación entre la experiencia y la teología⁶⁹ y fácilmente se puede caer en la falsa opción entre la una o la otra, Wesley nos muestra que toda teología que no sea el fruto de una experiencia profunda en Cristo se puede convertir en un mero discurrir abstracto de cuestiones que poco o nada tienen que ver con la vida real y cotidiana de los cristianos y las cristianas. En este sentido, siguiendo la aguda percepción de Pyles, podemos decir que Wesley no hizo una elección entre doctrina y experiencia, sino que elaboró su pensamiento a partir de la experiencia. Se constituye, entonces, en un modelo de “teología en el camino”, elaborada al calor de la lucha de todos los días, en otros términos, una teología desde la praxis y no desde un *corpus* verdades celestiales.

Finalmente, la visión de Wesley sobre la vida de santificación muestra el dinamismo de la fe y de la experiencia cristianas. Nunca debe ser considerada como una cosa ya lograda definitivamente. El “seguir hacia la perfección” es una meta y desafío que, en rigor, nunca es lograda en términos absolutos en esta vida. Es aceptar la vida cristiana como un ideal que buscamos con pasión aunque nunca podemos decir que la hemos logrado en su plenitud. Ese “amor perfecto” que es la médula de la búsqueda de Wesley como indicador de la “entera santificación” es, en su pensamiento, “no un estado sino un proceso dinámico: conservando a la fe como su principio y a la santificación como su climax apropiado.”⁷⁰ Esta perspectiva torna a la vida cristiana en algo dinámico y atractivo. Porque implica

⁶⁸ Sobre estos aspectos, Carlos Gattinoni dice: “Wesley no llegó a elaborar la teoría de los alcances sociales de su doctrina de la santificación. Pero en la práctica fue, conforme a su genio, dando forma a actitudes concretas que la encarnaban.” *Op. Cit.*, p. 160. Y, citando las palabras de Wesley, expresa: “El Evangelio de Cristo no conoce otra religión que la social, ni otra santidad que la santidad social.” *Ibid.*, p. 107. Cfr. Gonzalo Báez Camargo, *Genio y Espíritu del Metodismo Wesleyano*, México: Jákez, 1962; Dorothy F. Quijada: “Juan Wesley y su ministerio integral”, *Boletín Teológico*, Nro. 46, Buenos Aires: Fraternidad Teológica Latinoamericana, 1992, pp. 107-145 y Charles Irigoyen, Jr., *John Wesley: La santidad de corazón y vida*, Nueva York: Junta General de Ministerios Globales de la Iglesia Metodista Unida, 1996, pp. 46-61. Para un contraste entre esa visión social de la santidad y otras perspectivas evangélicas, véase Alberto F. Roldán, *Comprensión de la realidad social en el discurso teológico de los Hermanos Libres en la Argentina (1882-1955)*, Buenos Aires: ISEDET, 1996, tesis inédita de doctorado en teología.

⁶⁹ Para una discusión sobre las relaciones entre teología y experiencia véase mi artículo “La Iglesia frente al desafío de la posmodernidad y el pluralismo”, *Cuadernos de Teología*, volumen XX, Buenos Aires: ISEDET, 2001, pp. 191-210.

⁷⁰ Albert C. Outler, citado por David Jeffrey, *Op. Cit.*, p. 33.

búsqueda, oración, dedicación y decisión para hacer real la voluntad de Dios en nuestras vidas y para oponerse, creativamente, a todas las formas de anti vida que se manifiestan en el mundo de hoy. La pastoral hoy –especialmente la que surge de la tradición metodista– es desafiada a buscar las formas de encarnar la vida de santidad en las actuales coyunturas, sabiendo que esa ella, lejos de ser una *fuga mundi*, significa insertarse en la sociedad como una forma de amar a Dios y al prójimo como a nosotros mismos. La santificación en la perspectiva de Wesley es, en suma, la invitación a una vida atractiva, desafiante y esperanzadora.

Artículo publicado originalmente en *Cuadernos de teología*, volumen XXII, Buenos Aires: Instituto Universitario ISEDET, 2003, pp. 175-190.